

www.aguilas.es

Empieza a leer... Hispania incognita

CAPÍTULO XIII

El varón apostólico San Cecilio, entre la leyenda y la fe

MILIA COBO DE LARA

SAN CECILIO EN LA LEYENDA

Todo lo que sabemos del primer obispo de Iliberris (Granada) y santo patrono de dicha ciudad está sacado de unos libros plúmbeos (textos redactados en placas de plomo) hallados en la capital andaluza que alberga la maravillosa Alhambra (fig. 29) tras ser conquistada por los Reyes Católicos; concretamente, cuando se estaba construyendo la catedral, en el siglo XVI. Como se verá más adelante, la Iglesia católica nunca ha aceptado estos libros como fuentes fiables a la hora de describir la vida del santo.

Según uno de estos libros —escrito al parecer por el hermano de San Cecilio, Tesifón Aben Athar—, el nombre del patrón granadino era Aben Alradi y era hijo de Caleh Aben Athar. Su lugar de nacimiento fue la provincia de Hus, en Asia Menor, y era contemporáneo de Jesucristo. Tesifón era ciego de nacimiento y su hermano Cecilio era sordo y mudo. Su padre, al oír hablar de los milagros que hacía Jesús Galileo, decidió probar suerte y con sus dos hijos a lomos de un camello se encaminó a Galilea para encontrarse con el Nazareno. Al verse junto a él, el padre de los dos hermanos, Caleh, le dijo:

«¡Oh, Señor mío!, yo vengo a vos encaminado desde la tierra de Dus para que curéis estos dos hijos de ceguera y mudez y sordera. Yo os he visto que sois grandemente bienhechor y confío en vos, y estoy cierto que no los curará en el mundo otro sino vos, sin duda.

»Y díjole Jesús a Caleh: “Grande es tu fe y ya haré cumplidamente lo que pretendes”.

»Y entonces tomó tierra en la palma de su mano y echó en ella su saliva y púsola sobre mis ojos y yo vi. Y mandó que me los lavase en el lavabo del templo. Y puso la mano sobre la cabeza de mi hermano Aben Alradi y sopló en su boca tres veces, y sanó y llenólo de sabiduría. Y habló en diversidad de lenguas, y lo primero que dijo fue: “Testifico que no hay otro Dios que el Señor y tú, su Espíritu Verdadero”.

»Y díjole Jesús, Nuestro Señor: “Tú eres Cecilio”.

»Y fue con prosperidad este nombre que le puso Jesús Nuestro Señor, significando con él “predicador de la fe, conquistador de ella”.

»Entonces volvió a mirar a su discípulo Jacobo apóstol, superior nuestro y díjole: “Estos dos serán discípulos santos para la victoria de la Ley. Recíbelos en tu amparo como conviene para ello”».

La leyenda dice que tanto Cecilio como su hermano siguieron a Santiago en todos sus viajes y hace hincapié en que el Apóstol hizo su entrada en tierras españolas por Cartagena, desde donde viajó a Granada, Toledo, Galicia, Asturias, Guipúzcoa, Tudela y Zaragoza para regresar a Andalucía y, de aquí, a Jerusalén.

El abad del Sacromonte, Zotico Royo, en *Albores del Sacromonte o vida de San Cecilio* (Granada, 1958), glosa de esta manera la estancia del Apóstol y de su discípulo en Granada:

«El Hijo del Trueno, juntamente con su predilecto Cecilio, en aquella aparición de relámpago a través de nuestra

EL VARÓN APOSTÓLICO SAN CECILIO, ENTRE LA LEYENDA Y LA FE

Patria, colmadamente la sembraron en esta porción mimada de delicadezas celestiales, tanto que, según nos certifica la Historia, ya desde los albores de la Iglesia floreció, pujante aquí en Granada la fe de Cristo, convirtiéndose pronto en árbol frondosísimo de raíces seculares. Y como el lugar afortunado, en que se dieron cita finezas tan altas, y de donde se desbordó en riadas el torrente santificador de la gracia y de las predilecciones divinas, fue ese Monte misterioso y venerando, depositario y centinela avanzado de fe cristiana [...], oriente de cruzadas apostólicas, museo y relicario de vetustas tradiciones y balcón abierto a todos los panoramas de la Religión y de la Patria [...] que la Historia agradecida llama Sacromonte, de él y de las grandezas que atesora quiero ocuparme para revivir [...] las gloriosas caravanas de Ángeles, Apóstoles y Varones Apostólicos, precedidos tal vez por la Reina de todos, la Santísima Virgen, que por todas las rutas del cielo y de la tierra han llegado hasta aquí en peregrinación amorosa».

LOS SIETE VARONES APOSTÓLICOS EN HISPANIA

Según la tradición, siete discípulos acompañaron al apóstol Santiago a España. Serán conocidos como los «Siete Varones Apostólicos», cuyos nombres eran: Torcuato, Cecilio, Indalecio, Tesifonte, Eufrasio, Segundo y Hesiquio.

A la muerte de Santiago, siempre según la tradición, sus discípulos deciden traer su cuerpo a España y enterrarlo en Iria Flavia (hoy Padrón, en Galicia). Encomiendan el cuidado de los restos mortales a los discípulos Atanasio y Teodoro y, luego, todos juntos se dirigen a Roma para informar a Pedro y Pablo de los avances del cristianismo en España. Allí son ordenados obispos y, en el año 64, con motivo de la persecución de Nerón, vuelven a estas tierras occidentales para seguir su

obra evangelizadora. Al llegar a Guadix, en Andalucía, se estaban celebrando las fiestas en honor de los dioses de la Tríada Capitolina (Júpiter, Mercurio y Marte) y fueron reconocidos por la población como cristianos (por sus vestiduras) y perseguidos hasta el río. Dice la leyenda que los siete consiguieron atravesar el río, pero que muchos de sus perseguidores se hundieron en él y perdieron la vida. Esto se consideró un hecho milagroso —a ojos del pueblo pagano— y muchos de sus habitantes se convirtieron a la religión cristiana después de cesar la persecución y hablar con los perseguidos.

Tras estos sucesos, los Siete Varones Apostólicos se dispersaron por distintos lugares de la geografía hispana: Torcuato permaneció en Guadix, en tanto que Cecilio se dirigió a Iliberris, que después recibiría el nombre de Granada, donde fundó la primera iglesia cristiana española.

Los Siete Varones Apostólicos aparecen por primera vez en calendarios y martirologios mozárabes del ~~siglo~~ ^{siglo}. Se celebra la fiesta de su muerte el 15 de mayo —más tarde se le asignarán distintas fechas—. Sin embargo, los historiadores de la Iglesia no conceden ningún valor histórico a estos documentos, alegando que se trata de una de las muchas narraciones legendarias que tuvieron su origen en la Alta Edad Media entre los mozárabes andaluces huidos al norte de España, donde nadie podía contradecirla. Los nombres de estos discípulos corresponden, sin embargo, a personas reales, obispos todos ellos en diversas ciudades del sur, pero no en el tiempo en que las tradiciones los sitúan.

Parece ser, por los documentos que se conservan, que el creador de la leyenda fue un obispo mozárabe del ~~siglo~~ ^{siglo} llamado Raid ben Zaid, conocido como Recemundo, que era súbdito de Abderramán III y embajador en la corte del emperador Otón I. Para recompensar su embajada ante el gran emperador, el califa de Córdoba le concedió la sede obispal de Iliberris. En el año 961, Recemundo compuso un calendario astronómico y agronómico, dedicado al califa Alakan II, y en él incorpora la festividad de los Varones Apostólicos el

25 de abril, nombrando sólo a Torcuato por su nombre; al resto los llama «socios». Esta ausencia de referencias a Cecilio en ese calendario —y especialmente porque el autor es el obispo de la ciudad— obliga a pensar que, por aquella época, San Cecilio no debía de recibir culto en Granada; de lo contrario, el obispo lo habría explicitado.

LA PRIMITIVA IGLESIA GRANADINA

La Iglesia cristiana de Granada tiene sus orígenes en los primeros años de expansión del cristianismo, pues, aunque no hay documentos que lo testifiquen, al ser la Bética una de las zonas más romanizadas, es bastante probable la vecindad de cristianos a finales del siglo I pero más bien como grupos aislados y no tanto como comunidad organizada. Durante los dos primeros siglos de nuestra era, el cristianismo no sería más que una de las muchas sectas religiosas (de influencia oriental) que se iban implantando en ciudades y pueblos, conviviendo con ellas y, al mismo tiempo, con el culto pagano propio de la civilización romana.

A partir del siglo III hay documentación que atestigua que los cristianos de Iliberris formaban una comunidad organizada que pronto llegó a alcanzar un nivel de participación y de influencia dentro de la Península Ibérica lo suficientemente elevado como para ser sede del primer concilio regional (Hispania) a principios del siglo V.

Aunque no hay datos contrastados, se supone que los primeros cristianos que llegaron a Granada procedían sobre todo de Italia, por los importantes contactos que se mantenían con la capital del Imperio, pero también había un destacado comercio con Grecia, con el norte de África y con Siria; así, cualquiera de estas zonas podría ser el origen de aquellos primeros cristianos. Iliberris ofrecía a todos estos viajeros una

HISPANIA INCOGNITA

serie de ventajas si decidían instalarse en ella: era un núcleo urbano fuertemente romanizado, se encontraba en un cruce de caminos entre zonas mineras, agrícolas y ganaderas importantes y contaba con una comunidad próspera de judíos (muy vinculados al principio a las tesis cristianas).

El primer documento de la Iglesia granadina son las Actas del Concilio de Iliberris, celebrado en la parte alta del actual barrio del Albaicín, en torno al año 300 o 302. En este sínodo se reunieron representantes de la mayoría de las comunidades cristianas de la Hispania romana. Las actas aseguran que hubo treinta y siete comunidades representadas: veintitrés pertenecían a la provincia de la Bética, ocho a la Cartaginense, tres a Lusitania, dos venían de la Tarraconense y una de la Galaecia. Sus cánones influyeron en otros concilios celebrados en otros lugares, especialmente en el de Arlés, del año 314, en el de Sárdica, del año 342, e incluso en el de Nicea, del año 325. Estas actas son las más antiguas que se conservan de todos los concilios de la Iglesia. Granada estuvo representada por el presbítero Eucarius y por su obispo Flavianus, y entre los asistentes estuvo el obispo Osio, de Córdoba, que años más tarde presidiría el primer Concilio de Nicea.

A pesar de esta amplia representación, por las actas se deduce que los cristianos eran una minoría en el conjunto de la población urbana —más escasa aún en las zonas rurales— y que estaban interrelacionados con la población pagana y judía. Del estudio de las actas también se desprende que el cristianismo estaba condicionado por la cultura del momento, de ahí que los asistentes se centren con mayor intensidad en puntos como la defensa de la fe amenazada por el arraigado paganismo y por las incipientes herejías, la defensa de la familia y los problemas de sexualidad. Destaca la dureza de los castigos impuestos a los que infringían las normas establecidas, lo que pone de manifiesto la seguridad de los obispos en la fe de los cristianos de aquellos tiempos y demuestra el gran aprecio y estima que suponía para ellos pertenecer a la fe cristiana, a pesar de las duras exigencias establecidas por sus dirigentes.

En el *Códice Emilianense* del año 962 aparece la lista de los obispos de la Iglesia de Granada desde su fundación. La lista se inicia con el nombre de Cecilio, pero estudiando los nombres de procedencia visigótica o romana, se desprende que Cecilio no pudo ser anterior al siglo II, lo que no concuerda con la leyenda de los Siete Varones Apostólicos.

SAN CECILIO, PATRÓN DE GRANADA

Siguiendo la tradición, San Cecilio llegó a Granada y predicó con tesón y constancia la doctrina de Cristo, consiguiendo numerosas conversiones entre los paganos y también entre los judíos. Obró prodigios como resucitar muertos, devolver la vista a ciegos, el habla a mudos y otros muchos más. Murió mártir en el Sacromonte junto a otros dos santos cristianos: Septenario y Patricio. Justo Antolínez, en *Historia eclesiástica de Granada* (Granada, 1996), describe su muerte así:

«Comenzó a predicar el santo Evangelio con gran fruto y aprovechamiento de las almas y la Iglesia a tener aumento de fieles. No pudieron sufrir tanta luz los ojos flacos de los gentiles, antes cegándose más con ella y convirtiéndose en ponzoña la medicina, viendo que su falsa religión se menospreciaba, determinaron darle muerte. Prendieronle luego los ministros de justicia, atáronle fuertemente las manos y llevaron de tropel con gran ignominia a una cárcel oscura y tenebrosa. En las calendas de febrero, día en que los gentiles hacían fiesta a sus dioses, sacáronle de la cárcel con gran ruido y regocijo y lleváronle al Monte Ilipulitano, lugar deputado para su martirio. Estaba en la cumbre del Monte un horno o calero con gran fuego. Viendo San Cecilio tanta multitud de gente que esperaba el cruel espectáculo por él deseado,

dijo: “¡Oh Dios poderoso, bendito sea vuestro nombre, pues ya veo lo que deseaba; abrazo lo que amaba mi corazón y confieso que no hay otro Dios sino el verdadero Dios Jesús, Hijo de Dios!”. Ofendidos por estas palabras, los ministros de justicia arrojaronle en medio del fuego, por el cual pasó a la vida inmortal que posee».

¿Cuándo aparece el culto a San Cecilio en Granada?

La primera noticia histórica aparentemente contrastada se refiere a la construcción de un templo, en el año 1501, que se colocará bajo la advocación de San Cecilio, en el lugar de una vieja mezquita. La actual iglesia parroquial de San Cecilio se construiría años más tarde (1528-1534) y ocuparía el décimo cuarto lugar de las parroquias fundadas en Granada tras la reconquista cristiana. Posteriormente surgirá una tradición, según la cual, la iglesia de San Cecilio se levantó sobre los cimientos de un antiguo templo visigótico con la misma advocación y que se mantuvo abierto aún en la época musulmana. La mayoría de los historiadores coinciden en que esta tradición no tiene fundamento histórico.

A finales del siglo xv y principios del xvi, tras la Reconquista del último reducto islámico en la Península Ibérica, por las capitulaciones firmadas entre los Reyes Católicos y Boabdil *el Chico*, los musulmanes podían seguir profesando su religión (tenían, no obstante, prohibido hacer proselitismo), seguir utilizando su lengua y sus costumbres, sus vestimentas, etcétera. Durante los primeros años, pese a las dificultades, la convivencia fue pacífica, gracias sobre todo al primer arzobispo de Granada, fray Hernando de Talavera. Pero esta situación cambiará cuando el cardenal Cisneros denuncie la política conformista de fray Hernando y promueva las conversiones masivas de musulmanes. Poco a poco se les irán retirando las concesiones pactadas y llegará el momento en que los moriscos se subleven y se produzca una cruenta guerra de más de tres años de duración, que tuvo como consecuencia la primera expulsión masiva de moriscos de España (1609-1613). En vísperas de esta expulsión tie-

nen lugar unos hallazgos que revolucionarán la vida religiosa de Granada y elevarán a San Cecilio al patronazgo de la ciudad.

EL HALLAZGO DE LAS PROFECÍAS DE SAN JUAN

Al retirar los derribos del alminar de la mezquita mayor de Granada (18 de marzo de 1588) para construir la nueva catedral se encontró una caja de plomo de pequeño tamaño. En su interior había un lienzo triangular, un hueso y un pergamino enrollado y doblado. El pergamino estaba escrito en árabe, latín y castellano (del siglo XVI) y algunas letras intercaladas en caracteres griegos.

Desde el primer momento llamó la atención el texto del pergamino. En la parte superior aparecía el texto en árabe; a continuación, el texto en castellano de la época; debajo, otro texto en árabe; y en el lado izquierdo, un texto en latín con ortografía castellanizada. El primer texto, escrito en árabe, explicaba que era una profecía de San Juan Evangelista: al parecer, San Cecilio, a su vuelta de Tierra Santa, había recogido esa profecía en Atenas, de manos del Pseudo-Dionisio *Areopagita* discípulo de San Pablo, junto con los otros objetos. El texto en castellano correspondía (siempre según el propio pergamino) a la traducción que San Cecilio hizo de la profecía de San Juan. Entre otras cosas, se anunciaba la venida de Mahoma en el siglo VII bajo la forma de oscuras tinieblas, que se levantarían en Oriente y se extenderían a Occidente, y la de Lutero en el siglo XVI, bajo la forma de dragón que dividiría a los creyentes. En el segundo texto en árabe se hacía un comentario a la profecía y los primeros versículos del Evangelio de San Juan. El documento estaba rubricado con la firma de San Cecilio. El párrafo en latín relataba cómo el presbítero Patricio, discípulo del primer obispo de Granada, de nombre Cecilio, había recibido de éste la orden de esconder-

lo para que jamás cayese en manos de los moros. Se transcribe la traducción tomada de F. J. Martínez Medina en *San Cecilio y San Gregorio, patronos de Granada* (Granada, 2001).

«Relación de Patricio, sacerdote, el siervo de Dios, Cecilio, obispo de Granada, estando en Iberia. Como viese el fin de sus días, en secreto me dijo que tenía por cierto su martirio y que se acercaba. Y como aquel que en Dios amaba el tesoro de sus reliquias, me encomendó y amonestó que ocultamente lo tuviese y lo pusiese en lugar y que no viniese jamás en poder de los moros, afirmando que era tesoro de salud y de ciencia cierta, y que había trabajado mucho y caminado por tierra y mar. Y era menester estuviese en lugar oculto hasta que Dios lo quisiese manifestar. Y yo, lo mejor que supe, lo encerré en este lugar adonde queda rogando a Dios que lo guarde. Y las reliquias que aquí quedan son:

- »Profecía de San Juan Evangelista acerca del fin del mundo.
- »Medio paño con que la Virgen María limpió las lágrimas de los ojos en la pasión de su Hijo Sagrado.
- »Hueso de San Esteban, primer mártir. Deo Gracias».

A poco que se indague se comprenderá que hay una serie de contradicciones históricas en los textos, pero parece que las autoridades del momento no se dieron por aludidas. A los pocos días del hallazgo, una vez informadas las máximas autoridades religiosas y políticas del país, se inició el proceso para la certificación de la autenticidad de los hallazgos. Se reunió una junta (Junta Magna) compuesta por canónigos, teólogos y superiores religiosos, entre los que parece que se encontraba San Juan de la Cruz, como prior del convento de los Mártires de Granada, que dictaminó favorablemente sobre los objetos y el pergamino. Poco tiempo después se interrumpió el proceso por la muerte del arzobispo de Granada.

LOS LIBROS PLÚMBEOS DEL SACROMONTE

Pasados siete años sin que se volviese a hablar de los sorprendentes descubrimientos anteriores, entre 1595 y 1599 se volvieron a repetir los hallazgos, esta vez en un monte cercano a la ciudad, conocido como monte Valparaíso y que desde entonces recibiría el nombre de Monte Sacro, o Sacromonte. Según el marqués de Estepa, en *Memorial* que dirige al rey Felipe III en 1629, pidiendo permiso para poder estudiar lo encontrado, cuenta que dos trabajadores, siguiendo un libro que habían encontrado en la cárcel de Sevilla, se dispusieron a buscar oro en los montes cercanos a Granada. En febrero de 1595, excavando en una caverna del citado monte de Valparaíso, encontraron una lámina rectangular de plomo doblada, en la que había tres líneas escritas en unos caracteres extraños. El texto, una vez traducido, decía lo siguiente: «Cuerpo quemado de San Mesitón mártir, padeció bajo el poder del emperador Nerón». A partir de ese momento se iniciaron excavaciones en la cueva y el propio arzobispo, don Pedro de Castro y Quiñones Cabeza de Vaca, se hizo cargo de los gastos.

En marzo de ese mismo año, en la misma cueva, se encontró otra lámina, mayor que la anterior, con el mismo tipo de letra, que decía:

«Año segundo del imperio de Nerón, a primero de marzo, padeció martirio en este lugar illipulitano, San Hiscio, escogido para este efecto, discípulo del apóstol Santiago, con sus discípulos Turilo, Panuncio, Maronio, Centulio, por medio del fuego en que fueron quemados vivos. Pasaron a la vida eterna convertidos, como piedras, en cal; cuyas cenizas están en las cavernas de este Sacro Monte; el cual, como es razón, se venere en su memoria».

En el mes de abril hubo nuevos hallazgos: el día 10 se encontró otra lámina, con forma de media luna, y con un texto

HISPANIA INCOGNITA

de seis líneas. El día 22 apareció el primer libro plúmbeo formado por cinco láminas de plomo, de forma redondeada y atravesadas todas ellas por un hilo de plomo retorcido que permitía separar las distintas láminas como si de hojas de un libro se tratase. El día 25 apareció otro libro, atribuido a San Tesifonte, y el día 30 se descubrió lo que tanto se anhelaba: datos sobre San Cecilio; fue una lámina de plomo de forma arqueada con un texto de seis líneas que decía lo siguiente:

«En el año segundo del Imperio de Nerón, a primero de febrero, padeció martirio en este lugar illipulitano San Cecilio, discípulo de Santiago Apóstol, varón dotado en letras, lenguas y santidad. Comentó las profecías de San Juan apóstol, que están puestas con otras reliquias en la parte alta de la torre inhabitable Turpiana, como me lo dijeron sus discípulos Setentrio y Patricio, que padecieron con él. El polvo de los cuales está en las cavernas de este sagrado Monte. En memoria de los cuales se venera».

Siguieron apareciendo otros libros hasta 1599. En total fueron entregados a las autoridades veintiún libros, más el pergamino inicial. Sólo dos de ellos no pudieron ser descifrados. Los caracteres de todos, aunque con texto en latín, pertenecían al alfabeto árabe con algunas modificaciones, que los árabes denominaban salomónico. La mayoría de ellos fueron atribuidos a San Cecilio y a su hermano San Tesifón (o Tesifonte). También se atribuyeron a estos dos hermanos algunas de las reliquias óseas encontradas.

Con estos descubrimientos se confirmaba la tradición medieval que consideraba como primer evangelizador y primer obispo de la ciudad de Granada a San Cecilio. El descubrimiento de unos mártires discípulos de Santiago *Mayorera* la mejor forma de aislar al islam y enlazar con los orígenes cristianos vinculados nada menos que con los apóstoles.

El gran defensor de la autenticidad de los restos y documentos encontrados en el Sacromonte fue el arzobispo de

EL VARÓN APOSTÓLICO SAN CECILIO , ENTRE LA LEYENDA Y LA FE

Granada, don Pedro de Castro. A este efecto convocó un concilio provincial al que invitó a todas las autoridades religiosas del país y al propio rey Felipe III. El rey no acudió, pero envió una delegación. Las sesiones del sínodo se celebraron del 16 al 28 de abril de 1600. El concilio se cerró con la lectura del decreto que confirmaba la autenticidad de los restos hallados como verdaderas reliquias de mártires.

«Nos, don Pedro de Castro, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de Granada, del Consejo del Rey nuestro Señor, con consejo y asenso de los Reverendísimos Prelados [...] declaramos, definimos y pronunciamos los huesos, cenizas y polvos, y la masa blanca que en el dicho año de mil quinientos noventa y cinco hallamos dentro de las cavernas de dicho monte que llaman Valparaíso, ser verdaderamente reliquias de los santos mártires que gozan y reinan con Dios Nuestro Señor en el Cielo. Conviene a saber de los santos mártires, San Cecilio, San Hiscio, San Tesifón [...] haber padecido martirio quemados vivos dentro de las cuevas y cavernas del dicho monte [...]. En consecuencia de lo cual, declaramos las dichas Reliquias deben ser recibidas, honradas y veneradas, y adoradas con culto divino, como reliquias verdaderas».

A pesar del gran interés manifestado por el arzobispo, la Santa Sede mostró sus reservas ante estos hallazgos y ante el excesivo entusiasmo del arzobispo de Granada. El papa Clemente VIII, empero, consideró falsos los libros y por consiguiente las reliquias, ya que la posibilidad de su origen cierto se basaba en la hipotética veracidad de los textos. El papa, en una carta enviada por el padre Ignacio de las Casas, en 1603, en la que argumentaba la falsedad de los restos, escribió al margen:

«El Cardenal Baronio los ha visto [los libros, en la versión enviada a Roma] y los considera una fábula. Haga el nuncio todo género de diligencias para sacar de manos

del arzobispo los originales y mandarlos a Roma, que aquí se los traducirá fácilmente».

En diciembre de 1682, el papa Inocencio XI en el breve *Ad circumspectam Romani Pontificis* incluía oficialmente el asunto de los hallazgos granadinos con la condena de los libros plúmbeos, y ni siquiera mencionaba las reliquias.

El 30 de enero del año siguiente, 1601, el cabildo de la ciudad de Granada tomó el acuerdo de que el día 1 de febrero se celebrase la fiesta del «Señor San Cecilio con la solemnidad que fuere posible como a Patrón». Esto supuso la institucionalización de la fiesta de San Cecilio. El arzobispo Martín Carrillo Alderete en 1646 declara ese día (1 de febrero) como festivo y de guardar. Fiesta que se ha mantenido en esa fecha hasta hace muy pocos años en que fue trasladada al domingo siguiente.

Los granadinos, fieles a su Patrón San Cecilio, cada año en la celebración de su festividad suben al Sacromonte y rinden culto al mártir cuyos restos, según lo expuesto, aparecieron en la caverna (acondicionada como catacumba) sobre la que se erige la abadía del Sacromonte.

En fin, «la fe mueve montañas.»